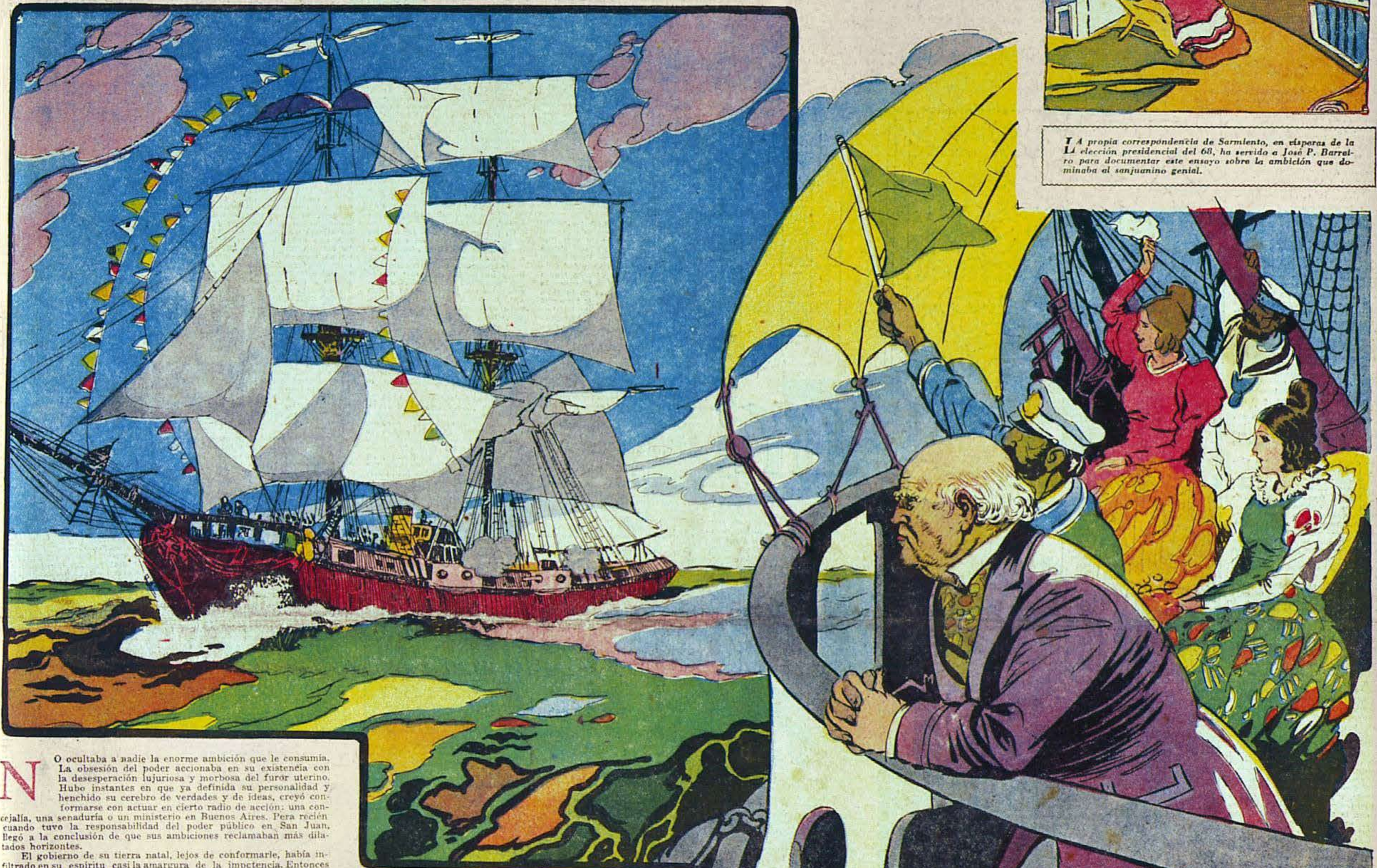


SARMIENTO, EL AMBICIOSOSO



La propia correspondencia de Sarmiento, en vísperas de la elección presidencial del 68, ha servido a José P. Barreiro para documentar este ensayo sobre la ambición que dominaba al sanjuanino genial.



No ocultaba a nadie la enorme ambición que le consumía. La obsesión del poder accionaba en su existencia con la desesperación lujuriosa y morbosa del furor uterino. Hubo instantes en que ya definida su personalidad y henchido su cerebro de verdades y de ideas, creyó conformarse con actuar en cierto radio de acción: una concejalía, una senaduría o un ministerio en Buenos Aires. Pero recién cuando tuvo la responsabilidad del poder público en San Juan, llegó a la conclusión de que sus ambiciones reclamaban más dilatados horizontes.

El gobierno de su tierra natal, lejos de conformarle, había infiltrado en su espíritu casi la amargura de la impotencia. Entonces se dio cuenta de que un gobierno de provincia — no obstante las condiciones inencomas en que vivía San Juan con el resto del país — no podía satisfacer su ambición desmesurada. No había llegado aún el ferrocarril a las inmediaciones del valle de Tulum, más bien dicho el ferrocarril era algo desconocido en la propia República. Veinte días de carreta o de diligencia establecían, fuera de la órbita de lo geográfico, una razón de autonomía más firme que la preconizada en las instituciones. Pero ni la lejanía lo salvaba. Allí estaba Rawson, en Buenos Aires, que había encontrado después de Caseros un Jordán para sus efervescencias rosistas, hostigándolo continuamente; disfrazando sus hostilidades con la triquiñuela constitucional; estimulado, posiblemente, bajo cuerda, por cierta intención de Mitre, ávido de verlo en fracaso. Y, aquí, en San Juan, estaba en continua lucha diaria con sus propios provincianos, que, cargados de prejuicios y atados al cerebro de lo tradicional, temblaban ante sus innovaciones, se negaban a pagar impuestos y no olvidaban que el hombre desgarrado que ejercía el poder no tenía más títulos que los emergentes de su propia audacia.

pelo de sus inquisiciones ragaban, implacablemente, a Rawson, a Elizalde, a Paz, a Alsina...

—¿Quién podría presentar mi programa — interrogaba por epístola o monologaba en su soledad. — Y ahí nomás, enunciaba los puntos básicos de su acción: "Mi programa sería mi vida entera y mis escritos combatiendo el despotismo de un lado, la anarquía del otro. Llevaría prestigio, autoridad moral al gobierno. Y en cuanto a capacidad, treinta años de trabajos constantes y desinteresados, la experiencia de los negocios públicos, el espectáculo del mundo, el contacto con los hombres notables de muchos países, principios fijos y la merecida fama de honrado". "Llevo, en fin, mi espíritu de realización práctica y un plan entero de acción, que responde a grandes necesidades". Era, indudablemente, el programa más extraordinario que podía enunciarse...

Comprendía sus títulos para aspirar. Pero no quería pedir, no deseaba presentarse a mendigar votos. Esperaba que todos oíraran, espontáneamente, que los hechos se derivaran por gravitación propia. "Ser nombrado en ausencia, sin que las maniobras o el dado cargado den suerte". Lo que le tenía indignado era la carta de Mitre desde Tuyu-Cué y sus pretensiones de equipararse a Washington. ¿Quién era Mitre para calificar de "coz" al programa de gobierno que había hecho llegar al coronel Mansilla? Al fin y al cabo, si Elizalde o si Paz llegaran a la presidencia, y si el muriera cualquier día, sin haber sido otra cosa que el trunco gobernador de San Juan o el ministro plenipotenciario ante los Estados Unidos, llegaría la época en que hasta los niños del país se preguntarían con asombro:

—¿Por qué no fué ni ministro nacional siquiera el hombre que tanta parte tuvo en la marcha de las ideas y de los acontecimientos?

Trabajado, intensamente por esa obsesión, se embarcó a bordo del Auniz, cierto día de agosto de 1868, rumbo al río de la Plata. Quería ir al encuentro de los acontecimientos. Estaba harto de polemizar, de escribir, de hacer cálculos, de esperar angustiados noticias, como quien esperase una carta de novia. Mitre le había sacado de quicio con su documento de Tuyu-Cué, y más que todo con aquel sospechoso ofrecimiento del ministerio del Interior, sabiendo que lo que él deseaba no era una cartera ministerial sino la presidencia.

—"Alca jacta est" — se dijo la tarde en que embolsó sus libros, los sus extrañas colecciones de semillas, ató sus manuscritos embarullados y envolvió, profusamente, su diploma de doctor de Michigan. Es cierto que hubiera preferido que la noticia le sorprendiera en Nueva York. Imaginaba los homenajes que se le tributarían, la emoción de sus amistades eminentes: el júbilo de la señora Mann, de Longfellow, de Emerson. Pero sus nervios ya no resistían ansiedad tamaña. Buenos Aires le dispararía la incógnita. Si era presidente, el gran ensueño se realizaba. Si no era, y si la veía al derrotado surgir de alguna sonrisa inferior, él, entonces, tendría su banca del Senado para defenderse, para enseñar, para marcar rumbos, para dar lecciones. La presidencia sería para él un taller formidable de experimentaciones, pero la banca de senador por San Juan habría de convertirse en cátedra para enseñar lo que ignoraban los argentinos, sus masas inferiores, y más que todo sus presuntuosos núcleos dirigentes.

Reclinado en su hamaca de la cubierta pasaba los días, sus interminables días. Todo concurría para obsesionarle, para alterar

la vinculación de los hombres y de las cosas. Recién se daba cuenta, frente a la fatalidad de las distancias geográficas. En Europa, en Estados Unidos, había visto cómo ciertas lejanías terrestres se salvaban en pocos minutos gracias al genio de Morse. Pero Morse no había llegado a dominar las distancias marinas, la terrible inmensurabilidad del océano.

Una tarde, más angustiado, más nervioso que de costumbre, recostose sobre la borda, cansado ya de ver agua y agua, para apreciar las costas exuberantes. Viajaban frente a Pernambuco. Casualmente un navío de guerra iba a pasar cerca del Auniz. Creyó notar en el navío un trágico, una actividad inusual. El navío, al acercarse al humilde velero, se empujaba con las más distintas banderas. De lejos veíase a su tripulación que formaba rigidamente y de repente sus oídos, ya un poco sordos, sintieron la más fragorosa y crispada detonación, mientras sus ojos veían brotar pólvora y humo de los cañones de guerra. ¿Que significaba eso? ¿Era una agresión?

El capitán mercante le explicó, entonces, lo que importaba aquel espectáculo inesperado, dentro del idioma simbólico de los banderines y de las salvas.

—Es que saludan a un primer magistrado...
—¿A quien? — vociferó Sarmiento.
—No se, señor. A un primer magistrado que debe viajar con nosotros...

Sarmiento, entonces, comprendió todo. El navío de guerra extranjero, que venía desde Buenos Aires, conocía la nueva. No había enigmas. No había motivos ya de torturas íntimas. La gran ambición de su vida se realizaba. Es cierto que esa realización no le devolvería ya ni a Dominguito, ni a Domingo Soriano, ni le daría el placer de ofrendar su éxito al inseparable Abercain. Pero él ahora ya tendría en sus manos el gran taller de experimentación, el gran laboratorio de transformaciones. La audacia desapareció instintivamente. Todo él se convirtió en un manójo de dinamos y crispanes su puño, y dirigiéndose como un haz de esperanzas hacia el territorio de la patria, ya no tan lejana, que se debatía desangrada por la guerra injusta, dijo con aquella su voz que parecía la de un heraldo del Apocalipsis:

—Ahora recién sabrán el tonto de Bartolo, el conejo de Alberdi el mazorquero de Rawson y el gaucho de Urquiza, de lo que es capaz el boletín del Ejército Grande...

Ilustración de ARISTIDES RECHAIN

por JOSE P. BARREIRO

ROGER Sheringham por una después que el crimen de los bombas... Beresford comió otro, que le gustó menos aún.

Después de dar unas ojeadas a sus cartas, Sir Guillermo arrojó el paquete y pronto después un fuerte gruñido de disgusto. Beresford lo miró, y con otro gruñido Sir Guillermo le tendió bruscamente una carta que había sido incluida en el paquete.

Disimulando una sonrisa (pues los modos de Sir Guillermo eran tema más bien divertido para sus cófrades), Beresford leyó la carta. Provenía de una gran firma de fabricantes de chocolates, Mason e Hijos, y se dirigía a un número de chocolatinas de licor destinadas especialmente al gusto de los hombres.

Por una suerte excepcional ni la envoltura exterior de la caja ni el rótulo fueron al fuego, y esto fue tanto más feliz porque los dos hombres habían arrojado los sobres de sus cartas a las llamas. Sir Guillermo, es cierto, había hecho un fío con el hilo, la envoltura y la carta incluida, pero lo había entregado a Beresford, que dejó intacta toda la documentación.

—Bueno, como algo un deber teno, supongo — dijo ella —. Pero quemar. No estoy segura si me gustan o no.

Pocos minutos después Beresford salió por una cita de negocios en la City. La dejó probando a entrar, y ambos desvistieron los bombones, y comiendo para decirle. Beresford recordaba muy vivamente ese trozo de conversación, pues era la última vez que veía viva a su mujer.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, como algo un deber teno, supongo — dijo ella —. Pero quemar. No estoy segura si me gustan o no.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

ANTHONY BERKELEY

Ilustración de Sorazábal

dos hechos interesantes. No era aceite de almendras amargas, sino un hidrocarburo, sustancia afín, usada principalmente en la manufactura de tinturas de anilina, lo que se empleó como veneno al que se sorprendió. Cada bombón de la cámara superior, tenía exactamente seis gotas del tóxico, en una mezcla de hirsh y marrasquino. Los bombones de las otras cámaras eran inofensivos.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

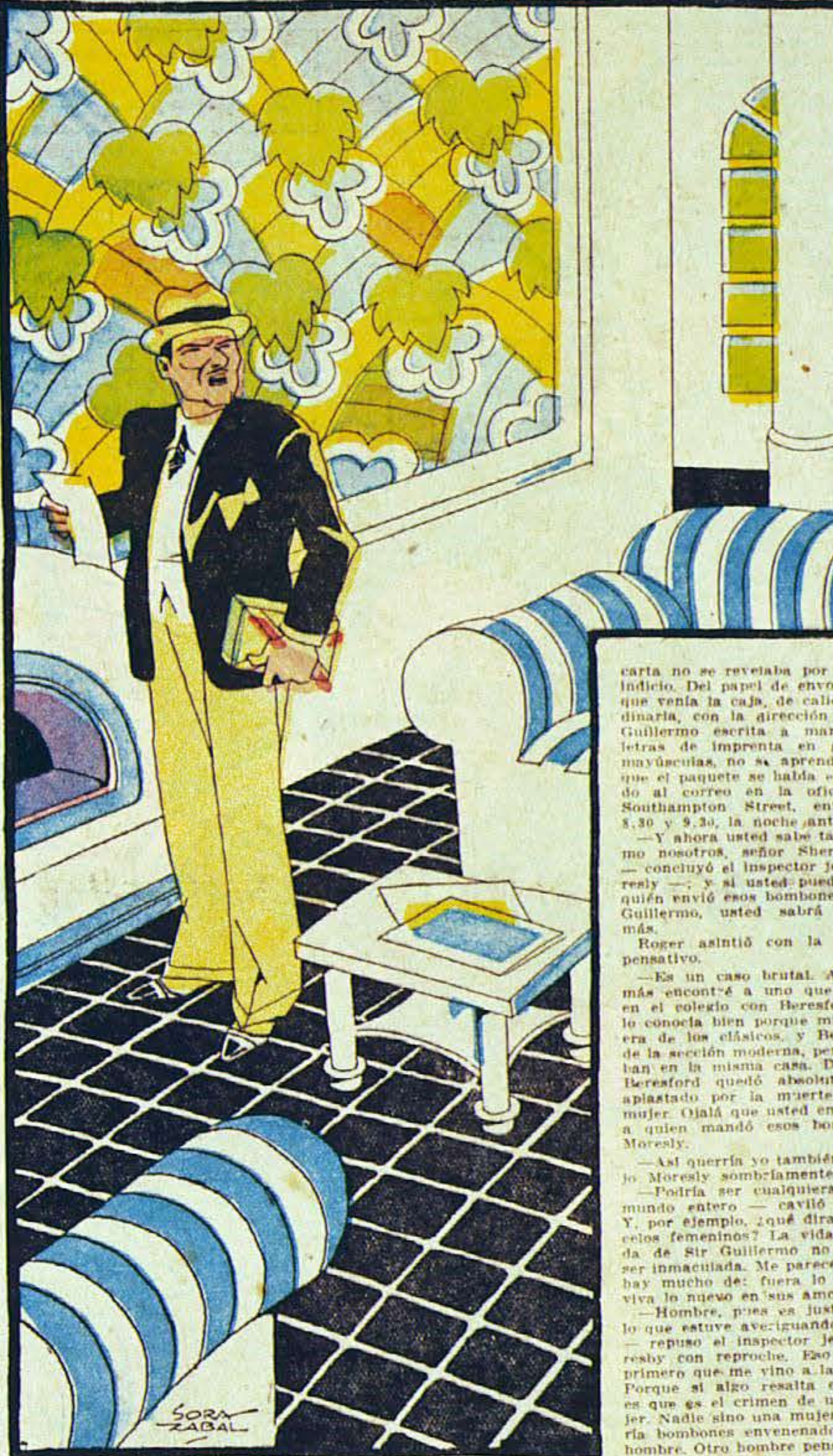
—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.

—Bueno, tome esta tonta caja. Yo no la quiero. Usted vació cortésmente Beresford, pero luego, muy desgraciadamente para él, aceptó. El dinero que ahorra así no significaba nada, pues era un hombre rico, pero siempre había la pena de arrojarse una molestia.



TODOS los números un cuento policial. Lea en el próximo la historia del misterioso asesinato de la Casa del Pavo Real, novela corta de G. K. Chesterton.

La Pálida Esposa

de Toussel

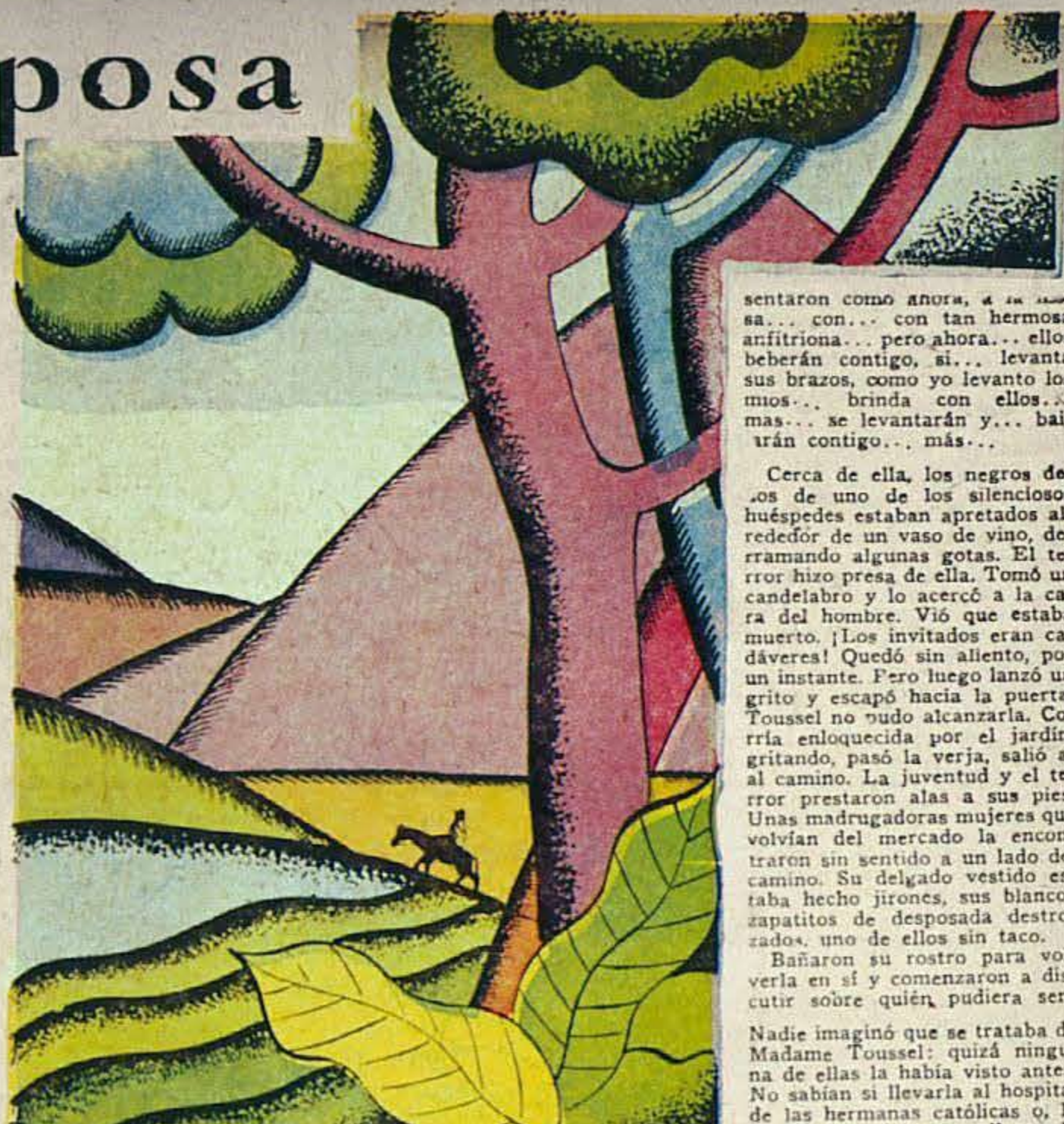


—Vístete con tu traje de novia y ponte lo más hermosa posible — le dijo. Vamos a una fiesta. — Se alegró en medio de su somnolencia. Creyó que un tardío recuerdo de la fecha lo había impulsado a prepararle una sorpresa.
—Tómame todo el tiempo que quieras — agregó él. — No hay apuro.
Más o menos una hora después, Camille estuvo lista.
—¿Dónde está el coche? — preguntó.
—No hace falta — contestó él la fiesta tendrá lugar aquí.

Notó que había luces en la habitación del jardín. Su marido no le dio tiempo para preguntar o para protestar. La tomó del brazo y la llevó al interior. La oficina — si alguna vez lo había sido — estaba transformada en comedor, alumbrado por altos candeleros. Había un aparador grande y antichudo y algunos floreros de cristal tallado. Soportaba varios platos que contenían ensaladas y fiambres y algunas botellas de vino. En el centro de la habitación se veía una mesa cubierta con un elegante mantel de da-

por
W. B. SEABROOK
ILUSTRACION DE GUEVARA

¿Quiénes eran los convidados cuya sola presencia silenciosa bastó para enloquecer a la esposa del rico plantador Mathieu Toussel? Este relato se desarrolla en las serranías del interior de Haití, la isla mágica, célebre por sus brujos negros, resucitadores de muertos.



sentaron como ahora, a la sa-
sa... con... con tan hermosa
añfiriona... pero ahora... ellos
beberán contigo, si... levanta
sus brazos, como yo levanto los
mios... brinda con ellos...
mas... se levantarán y... bai-
rán contigo... más...

Cerca de ella, los negros de-
jos de uno de los silenciosos
huéspedes estaban apretados al-
rededor de un vaso de vino, de-
ramando algunas gotas. El ter-
ror hizo presa de ella. Tomó un
candelabro y lo acercó a la ca-
ra del hombre. Vió que estaba
muerto. ¡Los invitados eran ca-
dáveres! Quedó sin aliento, por
un instante. Pero luego lanzó un
grito y escapó hacia la puerta.
Toussel no pudo alcanzarla. Cor-
ría enloquecida por el jardín,
gritando, pasó la verja, salió al
camino. La juventud y el ter-
ror prestaron alas a sus pies.
Unas madrugadoras mujeres que
volvían del mercado la encon-
traron sin sentido a un lado del
camino. Su delgado vestido es-
taba hecho jirones, sus blancos
zapaticos de desposada destrozados,
uno de ellos sin taca.

Bañaron su rostro para vol-
verla en sí y comenzaron a dis-
cutir sobre quién pudiera ser.

Nadie imaginó que se trataba
de Madame Toussel; quizá nin-
guna de ellas la había visto antes.
No sabían si llevarla al hospital
de las hermanas católicas, o lo
que sería mejor para ellas, a la
comisaría local, recordando los
hechos. Su ruidosa disputa pa-
reció desvanecerse. Dió señales de
comprender lo que hablaban y
dando su nombre de soltera pi-
dió que la llevaran a casa de
sus padres. Allí, una vez vista
por los médicos, se recobró al-
go y sus parientes obtuvieron,
a través de sus histéricas pala-
bras, una idea de lo que había
ocurrido. Mandaron, ese mismo
día, a un grupo de hombres en
busca de Toussel. Pero éste había
huido, así como todos sus
sirvientes, a excepción de un
viejo, que dijo que Toussel esta-
ba en Santo Domingo. Entra-
ron en la "oficina" y encon-
traron la mesa todavía tendida
para seis personas. Había vino de-
ramado en el mantel y una con-
fusión de sillas y botellas tira-
das. Los platos estaban aún in-
tactos en el aparador. Pero fuera
de esto no encontraron nada.

Toussel nunca volvió a Haití.
Dicen que ahora vive en Cuba;
pero se considera inútil perse-
guirlo. ¿Qué podría probar con-
tra él la acusación de una mu-
jer cuyas facultades mentales se
suponen alteradas? Y así, como
me la han contado, la historia
termina con un encogimiento de
hombros de parte de quien la
escucha, ante la imposibilidad
de llegar a cualquier conclu-
sión.

¿Qué siniestro, quizá criminal
encantamiento, del cual su es-
posa iba a ser la víctima, ma-
quinaba Toussel? ¿Qué hubiera
sucedido si ella no escapaba?

No encuentro respuesta razo-
nable a estas preguntas. Exis-
ten leyendas de ligaduras y abo-
minables hechos llevados a ca-
bzo por ciertos hechiceros que
pretendían revivir a los muer-
tos; pero, según mis conocimientos,
no pasan de ser leyendas. Y lo
que ocurrió aquella noche, nos
lo cuenta una mujer enloque-
cida. ¿Qué habrá de cierto en
todo eso? Quizá pueda ser
expuesto en una sola frase:
Mathieu Toussel preparó para
su esposa un banquete - aniver-
sario al que concurrieron cua-
tro invitados. Cuando ella miró
a los rostros de éstos, se volvió
loca.

★
bro Recibidos

Carlos Astrada — El Juego
Existencial (filosofía). Edit.
Babel.
César Klug — La Tecnoera
y la Crisis (prosa). Edit.
Tor.
Jack Riquet — En el País de la
Colina (novela). Colecc. Fla-
cha.
Ovidio Pracilio — Cartas del
Frente (prosa). Edit. Tor.
Juan Andrés Cuello Freyre —
Porqué Estamos con Bolivia
(prosa).
Hildefonso Pereda Valdés — Mú-
sica y Acero (poemas). Mon-
tevidéo.
Delfina Molina y Vedia de Bas-
tiani — Delfines (prosa y
verso). Edit. García Santos.
Upton Sinclair — El final de
la Crisis (prosa). Edit. Tor.
Emma R. de Mosto — Sempér
(prosa). Edit. Tor.
D. A. de Santillán y J. Lazarte
— Reconstrucción Social
(prosa). Edit. Nervio.
Franklin D. Roosevelt — Miran-
do Adelante (prosa). Edit.
Tor.
Roberto G. Paterson — Nos y
Otros (ensayos). Edit. Pe-
rotti.
Guido Reni — América Trágti-
ca (ensayos). Edic. Olavarría.
Berlín.
Sacha Lopovkins — Mundo
(versos). Edic. Letras.
B. Rodolfo Aprile — El Hijo de
Martín Fierro (verso). Edic.
Jacob Peuser.
Ribeiro Couto — Noroeste —
(Poemas) — San Pablo (Bra-
sil).
Juan Antonio Alameda — Can-
ción de Amor — Serrano —
(Poemas) — Prólogo de Radl
Orgaz

Todo esto es muy natural. Lo
demás es obra de tu imaginación
nerviosa.

Esta fue la última conversa-
ción razonable que sostuvieron
madre e hija.

Llegó el aniversario de la po-
da. Esa noche Toussel salió, ad-
virtiéndole a su mujer que no
lo esperara. Ella imaginó que él,

en su preocupación, había olvi-
dado el aniversario, lo que la
mortificó bastante. Se acostó
temprano y se durmió. A media
noche oyó que la llamaban, y
vió a su marido, de pie, al lado
de la cama, levantando una lám-
para. Estaba vestido de etiqueta,
por lo que ella dedujo que
había vuelto hacia tiempo.

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



PAZ EN EL SENO DEL HOGAR



COMO EN LAS BOITES



EL DELICIOSO CANTICO



UN anciano y respetado caballero de Haití, cuya esposa era francesa, tenía una joven sobrina llamada Camille, hermosa mestiza a quien presentaron ante la sociedad de Port-au-Prince abrigando la secreta esperanza de que realizara un brillante matrimonio. Su propia familia era pobre. De su tío no se podía esperar dote alguna, puesto que tenía que mantener a los suyos y no era rico. Pero la costumbre de la dote prevalece aún en Haití, de modo que aunque muchos jóvenes la cortejaban, ninguno mostraba intenciones matrimoniales.

Cuando se acercaba a los veinte años de edad, Mathieu Toussel, un rico plantador de café de Mome Hospital, la pidió en matrimonio. Era muy moreno y doblaba a Camille en edad; pero tenía fortuna y sus maneras eran muy finas. Su hermoso bungalow estaba situado en la laudera, rodeado de un jardín espléndido. Tenía un gran automóvil y se le veía a menudo en los clubes y en los clubs. Corría el rumor de que Mathieu estaba atrilado a alguna secta misteriosa, pero en Haití se murmuran las mismas cosas de cualquier ciudadano que se ha tornado rico y poderoso. El no exigió dote, y prometió ser generoso con ella y con el resto de sus parientes. Estos ayudaron a que ella lo aceptara como esposo.

El rico plantador llevó a su pálida esposa a la montaña, y casi por un año ella fue feliz, o al menos fingió serlo. A veces descendían juntos a Port-au-Prince y asistían a las soirées de los clubs. Toussel permitía que Camille visitara a sus familiares cuantas veces quisiera y le costaba los estudios a un hermano de ella que estaba en Francia.

La familia de Camille comenzó a notar, gradualmente, que las cosas no iban tan bien como parecían. Aquella se mostraba nerviosa en presencia de su marido; hasta daba la impresión de encontrarse atemorizada. La madre trató de ganarse la confianza de su hija y ésta, poco a poco, le abrió su corazón. No, su marido nunca la había maltratado; siempre se mostraba amable y considerado. Pero había noches en las que parecía extrañamente preocupado; entonces montaba en su caballo y se perdía entre los cerros, y a veces, al amanecer, todavía más extraño y más preocupado que en la noche anterior. Y había algo en el modo con que la miraba que sugería que ella no era ajena a esas preocupaciones secretas. Tenía miedo de sus pensamientos y tenía miedo de él. Sabía instintivamente que la causa de esas excursiones nocturnas no podía ser otra mujer. No era celosa. Una mañana, creyendo que su esposo se había internado entre las montañas, esperaba su regreso apoyada en la ventana, cuando lo vio salir de una habitación que existía en el jardín y a la que él llamaba su "oficina", diciendo que allí guardaba todos sus papeles de negocios y hacía sus cálculos. Siempre estaba cerrada con llave.

Le contó todo esto a su madre y cuando terminó la anciana respiró, aliviada.
—¿Has visto? — le dijo. — Tantas cuestiones de negocios. Quizá está combinando alguna mezcla de café que no le sale del todo bien, lo que le obligará a encerrarse a hacer nuevos cálculos o a dirigirse a la aldea para consultar a otras personas.

Los que Colaboran

José P. Barreiro — Periodista y polifacético. Nació en la Capital Federal. Estimulado por José Ingenieros, fundó en 1920 "Claridad". Fue secretario de la redacción de "La Hora", la revista de Augusto Bunge. Su prestigio en el país se debe a su especialización en escritos polémicos, históricos y políticos. Anuncia varios libros: uno sobre "La barbarie en la política Argentina"; otro sobre cuestiones federalistas, y un tercero, sobre Sarmiento.

Carlos Pérez Ruiz — Es abogado. Participó del movimiento ultraísta. Colaboró en "Martín Fierro", "Fron" y la revista "Oral". Es también dibujante.

M. B. Seabrook — Viajero y periodista norteamericano de fama mundial. Autor de un libro sobre los derviches árabes y otro sobre los brujos negros de Haití. En sus excursiones más peligrosas es acompañado por su esposa. Actualmente prepara un libro sobre los canibales, para lo cual acaba de visitar el interior de África y otras regiones salvajes.

Sady Concha — Es un "swami" chileno. Ha viajado por el lejano Oriente y está especializado en estudios teosóficos. En Buenos Aires, recientemente, dictó un ciclo de conferencias.

Concepción Ríos — Poeta, periodista. Ha colaborado en los principales diarios y revistas del país. Primera cronista femenina del parlamento argentino. Nació en Entre Ríos. Ha publicado un libro de versos.

Santiago Dossetti — Es un joven escritor uruguayo. Reside en Minas. Su especialidad son los relatos de ambiente rural.

Bernard Shaw en Moscú

La curiosa actitud de Bernard Shaw y Lady Astor en su visita a Rusia, contada por un testigo presencial.

EL extraño caso de la conversión de Shaw al comunismo ha causado, evidentemente, alguna confusión y no poca consternación. Casi seguro que la causa de ello han sido las incompletas noticias publicadas en Estados Unidos e Inglaterra acerca de los nueve días durante los cuales los rusos fueron una maravilla para él y el mismo fue una maravilla para los rusos.

Cuando llegó a Moscú había algunas dudas acerca de su actitud asumida. En 1917, solamente unas semanas después de la revolución de noviembre, mostró una semi-simpatía por los Soviets, pero burlándose de los revolucionarios. Desde entonces protestó más de una vez por las ejecuciones políticas del Soviet y, ante la consternación de los comunistas, se colocó en favor de Mussolini y los fascistas. Y para colmo de contradicción, poco después hizo franca burla de los ataques de los "torios" británicos cuando el notorio asunto de la carta de Zimovief y el ridículo allanamiento de la Arcos de Londres y acogió con entusiasmo el anuncio del Plan Quinquenal.

Ahora este autor, el más conocido en el mundo entero, iba a celebrar su 75 cumpleaños en la Unión Soviética. Los ojos de toda Europa y América estarían sobre él y sobre Rusia. Sus discursos serían telegrafados largo y tendido. ¿Qué diría? El, que todo lo había ridiculizado, ¿ridiculizaría a los Soviets? ¿Qué influencia tendrían sobre él los conservadores y aristócratas que viajaban en su compañía, lord y lady Astor y el marqués de Lothian?

Estas eran las preguntas que se hacía el grupo oficial del Soviet y los escritores que, por medio de una entrada especial, habían sido admitidos en la plataforma del ferrocarril, en la estación de Moscú, para dar la bienvenida a Shaw. Cuando el tren penetró en el andén, lentamente, vieron de pie, en una de las puertas del vagón, a un hombre alto, delgado, de traje oscuro, guantes oscuros y un oscuro sombrero de fieltro, que agitaba su mano derecha por encima de la cabeza, en respuesta a los aplausos y demás expresiones entusiastas de bienvenida. Su barba no parecía ya la roja barba de un cínico Meffistófeles, sino la blanquísima de un Santa Claus de simpático continente. Su saludable y sonrosado rostro se distinguió con una inteligente sonrisa. Sus ojos azules centelleaban con una alegría maliciosa. Todas las dudas desaparecieron: Shaw era un amigo entre amigos.

Cuando caminábamos por la plataforma, dirigiéndonos al exterior, donde una multitud impaciente aguardaba, encontré la manera de presentarle a Shaw un joven compatriota suyo, un irlandés de 18 años. En contestación a las preguntas de Shaw, el joven dijo que había venido a Moscú por diez días, llevaba ya casi diez semanas de permanencia y pensaba quedarse diez años. Shaw le dijo, entusiasmado: "—Si yo tuviera su edad haría lo mismo!" Y los que le acompañábamos sentimos que así lo pensaba.

En medio de las masas que le aplaudían calorosamente, llegamos al Hotel Metropol, donde Shaw y sus compañeros se alojaban. Desde allí, tan pronto como se hubo bañado y depilado un poco, Shaw pidió ser conducido al Mausoleo de Lenin, en la Plaza Roja. Entrando a la tumba de mármol oscuro, permaneció durante un largo tiempo mirando el cuerpo de Lenin embalsamado. Quizás ningún extranjero se quedó nunca contemplando tanto tiempo el rostro de Lenin muerto. Al fin dijo:

—Un tipo de puro intelectual.

Comentando las manos de Lenin, hizo notar que, evidentemente, el gran caudillo jamás había trabajado con ellas, y había trabajado con ellas, con la característica agilidad de un aristócrata. Sus antepaños, evidentemente, no han trabajado con sus propias manos por espacio de sesenta años; aserción que probablemente no se puede aplicar a ningún mortal.

Lady Astor, para no ser menos, insistió: "—No es un proletario; es un aristócrata". Shaw respondió: "—Usted quiere decir un intelectual, no un aristócrata".

De la tumba de Lenin, Shaw pidió ser conducido al Kremlin. De la terraza del antiguo palacio de los zares se veía la cercana Iglesia del Salvador, una monstruosidad edificada a mediados del siglo XIX. Señalando Shaw dijo: "—Lo que ustedes necesitan no es un plan quinquenal económico sino un plan quinquenal estético". Sin embargo, cuando un poco más tarde vió con cuidadosamente

los comunistas han preservado la belleza de las primitivas iglesias rusas y cómo las cruces y las águilas imperiales bicéfalas permanecen intactas, Shaw, parodiando, expresó: "—Ustedes, los rusos, no han procedido como perfectos revolucionarios. En que VIII en Inglaterra y Cromwell en Irlanda destruyeron monasterios. Nosotros, los ingleses, sabemos proceder revolucionariamente. Ustedes, en Rusia, son tan solo revolucionarios que recorren la mitad del camino".

Los rusos, como buenos primitivos, estaban dispuestos a creer en las ocurrencias de Shaw y comenzaban a sentir que quizás el escritor tenía razón y que no habían llevado bastante lejos sus ataques a la religión. Recién comenzaron a entenderlo cuando Shaw, subiéndose a lo alto de un gran cañón del Kremlin, dijo que lo hacía para posar en las fotografías "como un pacifista".

Dentro del gran hall donde el Congreso de los Soviets sesionaba, Shaw pidió permiso para probar las propiedades acústicas del recinto y, bruscamente, subió a la tribuna de los oradores. Se oyeron gritos de: "¿Que hable! ¿Que hable! Shaw bajó su cabeza, se atusó la blanca barba, abrió la boca y todos nosotros esperamos la palabra del oráculo. Nos sorprendió lanzando un sonido melodioso, sin articular palabra. Lady Astor, para no ser menos, subió al estrado y comenzó un discurso:

"Soy una conservadora. Soy una capitalista. Soy contraria al comunismo. Pienso que todos ustedes son terribles".

Al descender de la tribuna me dijo: "—Es esta la primera vez que ellos han oído decir esto aquí". Sin embargo, los comunistas, lejos de estar disgustados, parecían divertirse con su audacia.

Durante los nueve días de su estadía Shaw mostró una inagotable curiosidad. Pidió ser conducido a las prisiones de Estado. Se interesó especialmente por una destinada a la reforma de ladrones jóvenes. Le pidieron a Shaw que dijera unas palabras. Entonces, ante la consternación de los guardianes y el enorme regocijo de los jóvenes ladrones, habló así:

"Cuando yo era chico acostumbraba a robar también, pero robaba con tanta habilidad que nadie me pudo prender. Ladrón no es el que roba sino el que se deja prender. Todos ustedes deben haber sido bien pobres ladrones. Fuera de las fronteras de Rusia miles de criminales están en libertad, han cometido y siguen cometiendo diferentes clases de crímenes. No han sido prendidos a causa de que cometen sus crímenes con habilidad; pero llegará el tiempo en que ellos también serán prendidos".

Después Shaw pidió ser llevado a un tribunal, donde los criminales eran juzgados de acuerdo al sistema soviético. Shaw comprendió que esos tribunales existían no tanto para castigo como para educación del criminal. Al salir dijo: "—Ustedes llaman a esto Tribunal del Pueblo, pero deberían llamarlo Escuela del Pueblo".

El día siguiente Shaw pidió ver los trabajadores en sus talleres. Observó atentamente el alegre celo con que los hombres trabajaban. Cuando le pidieron hablar, dijo:

"¿Cuál es la diferencia entre un obrero inglés que produce nada y uno ruso? Si nuestros técnicos de producción más, eso sí, meramente para que algunos tentativas prolonguen su estadía en la Riviera. Cuando ustedes trabajan más ligero hacen posible la conclusión rápida del Plan Quinquenal. El trabajo de ustedes está llevando a la cima la construcción del socialismo. Cuando regresen a Inglaterra trataré de persuadir a los trabajadores ingleses de que hagan como ustedes han hecho y establezcan un sistema en el cual trabajen para el servicio público y no para el provecho privado de unos cuantos individuos".

Lady Astor habló también a los trabajadores: "Ustedes, los trabajadores rusos, son demasiado orgullosos. Más orgullosos aún que los trabajadores de Inglaterra". Los obreros le contestaron: "Tenemos derecho a serlo. Hemos dado cumplimiento al Plan Quinquenal en dos años y medio. Estamos construyendo una República de Trabajadores".

Otro día le fué ofrecida a Shaw un lunch por escritores y editores. Cuando le pidieron a Shaw que hablara, éste, con un gesto malicioso, dijo: "Hay algunos editores presentes". Cerca de la mitad de los asistentes al lunch levantaron las manos. Shaw balanceó la cabeza, fingiendo pesar. "Esto es muy malo, dijo. Los escritores no pue-

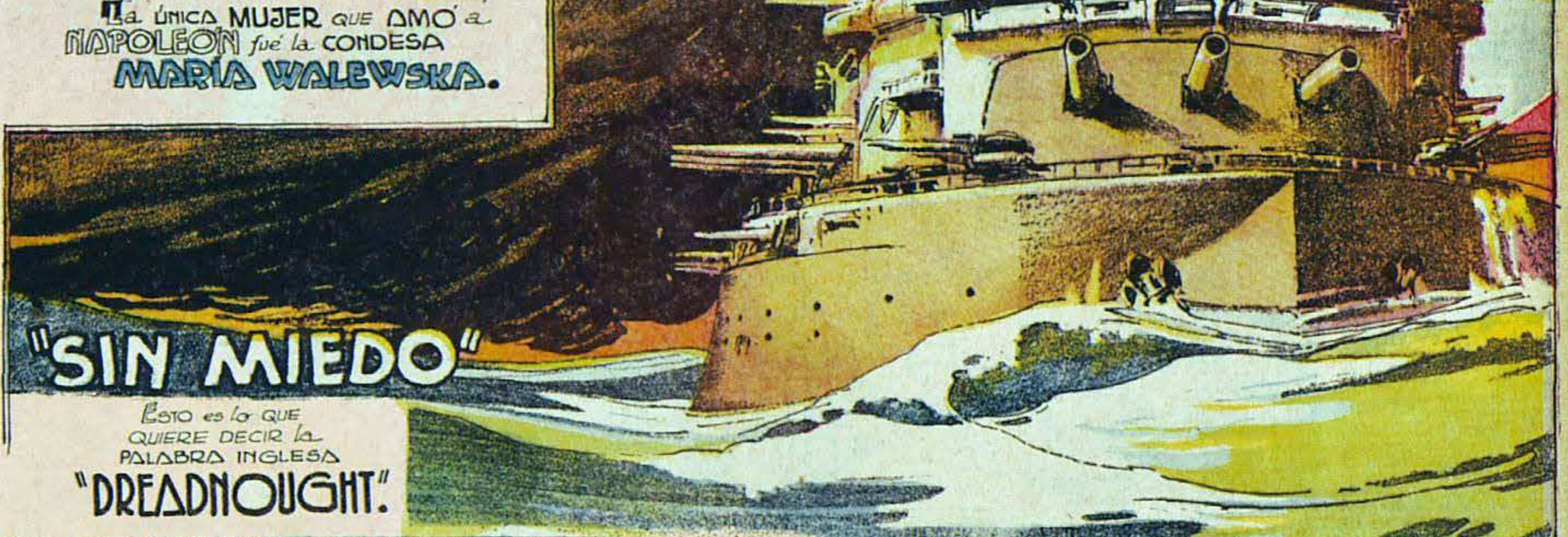
Visto y Oído ★

Un nombre fanfarrón ★

por PREMIANI



La ÚNICA MUJER QUE DIO el NAPOLEON fue la CONDESA MARIA WALEWSKA.



"SIN MIEDO"

Esto es lo QUE QUIERE DECIR la PALABRA INGLESA "DREADNOUGHT".



En un CONCURSO de FEALDAD ANIMAL CELEBRADO en LONDRES OBTUVO el PRIMER PREMIO el FACOQUERO.

La DEFORMACIÓN de las OREJAS de los SALVAJES en las ISLAS SALOMON de la MELANESIA, ES EL SIGNO DE BELLEZA VARONIL.



BIBLIOGRAFIA

FRANCISCO R. VILLAMIL — "Caracol marino". — Montevideo, 1933.

Este libro, curiosa antología del error, agota las maneras más diversas de eludir la poesía. El escritor (de algún modo hemos de llamarlo) examina los errores peculiares de Julio Herrera y Reissig, como si los actuales no le bastaran. Maneja con igual naturalidad la cursilería de pasado mañana y la de anteyer.

Suele cultivar las variantes: El buen oído se goza en el silencio; en la fina y serena comarca del silencio; en la honda y sedante caricia del silencio; en la quieta guitarra del silencio; en la fresca cisterna del silencio; en la copa de oro del silencio.

También las voces matemáticas para simular precisión: Un ángulo de garzas en el azul metálico; progresando hacia el decaimiento de la tarde

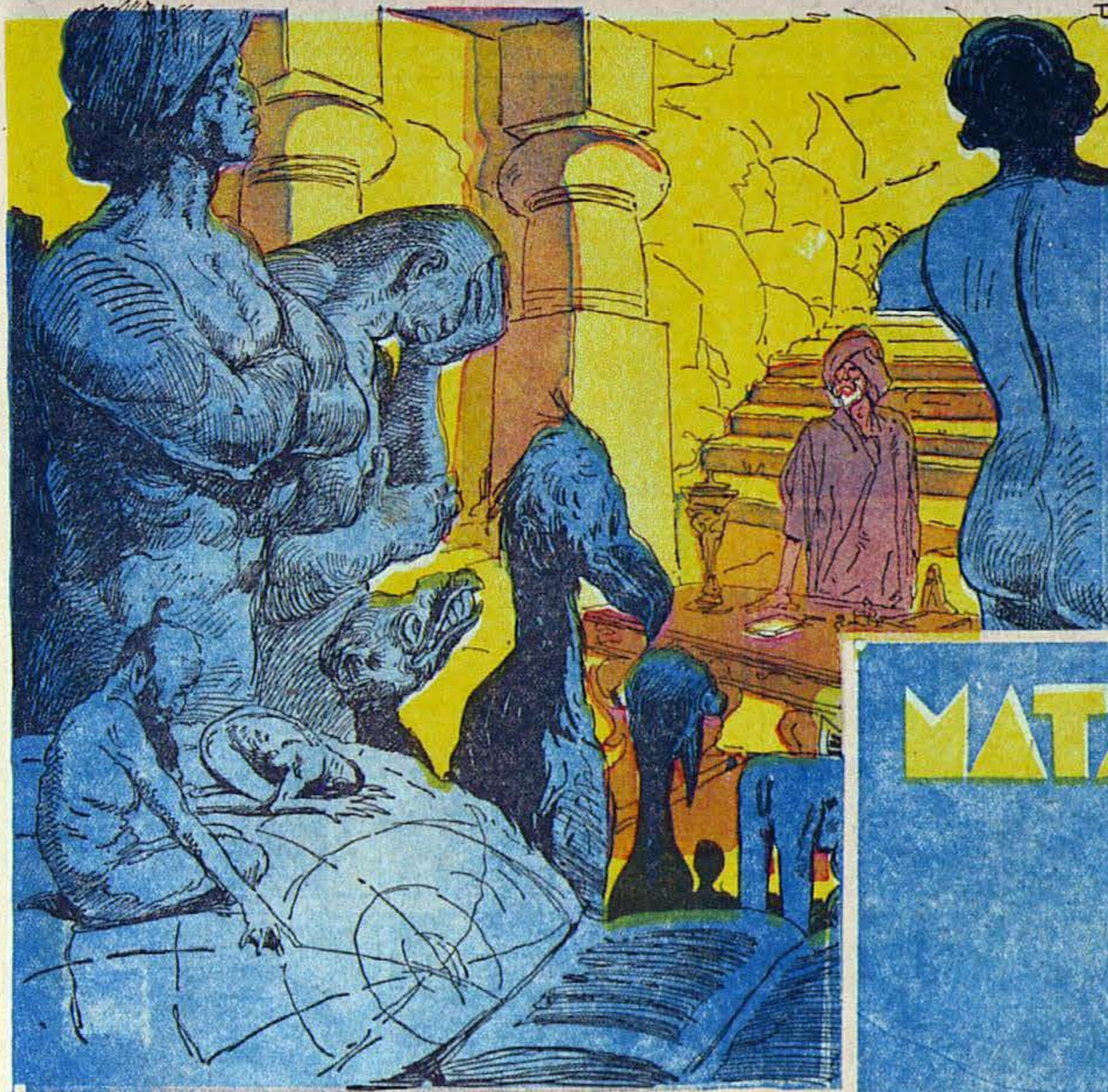
por el camino ideal de un paralelo me sumerge en la conciencia del [Transcurso]. También la deliberada pedantería (ya Acemética victoriosa, norma de versos indecibles): Ahí Tender las velas desde el [Icono de sombra propicia] atravesando torvos océanos de [luces herméticas], cruzar toda la [leche de Hera] singlando a más distantes nébulas extragalácticas! También el mero balbuceo de palabras goteadas, que quiere ser confundido con laconismo: Tarde de plata. Anteojos. Péndulos. Acanto. Camino de palmeras hacia la [fuente]. Física del mundo. Vivir ahí. Lila de las glaucas. Rostro de puras líneas frescas [y ruborosas]. Tu grácil elegancia arqueada [sobre el agua].

Dueños aquí, por siempre. Olvídate [dar lo pasado]. Cada semana. Claveles y silencio. También la alegoría en todo su horror: Atravesaba a nado el mar de [los problemas] para aspirar la flor de una hermosura nueva... Sus brazadas median las concavidades, cruzar toda la [pótesis] y desde la garrocha de una [bolas] adornaba los montes de paránomas, de ejecución más bien improbable: Alma mía, decanta la esencia de [tu goccia]. También la rudeza de la forma [prístina]. decora de elegancia tu recia [ronia]. También los imprudentes consejos:

Confía en el motor de tus raras [inmensidades], en el gonómetro de tu agudeza, en la esencia de tu cultura, o impulsa tus aviones a todas [las estrellas], y hazlos dar saltos y "loopings" [sobre lo absurdo]. También el balentismo y la sastrería: Quisiera ir al país de la alegoría horror: [ria] para tenderme bajo los sombreros [briros matorrales] a acariciar mis pensamientos [sobre lo bello]; para usar una túnica como la [de Mercurio], y hundir mis manos en las cañales [belleras de naranja] de las gracias danzantes, y comerte [petir con el dios aéreo] en el juego elegante que entreabre las gasas. De otros errores es espejo y norma el señor Villamil, pero no puedo transcribir todo el libro. Recomendando su examen apasionado a los curiosos y "amateurs" del mal gusto, entre quienes me cuento. Casi descreo del placer de los libros buenos; prefiero el de los otros. J. L. B.

El Conocimiento Oculto de los Maestros Hindúes

POR
SADY CONCHA
ILUSTRACION DE ROJAS



cataclismos que tan señaladamente alteraron. Enormes diagramas representan las migraciones de las diferentes razas del mundo, indicando exactamente hasta dónde llegaron sus exodos.

Otros diagramas análogos denotan las influencias de las diversas religiones del mundo y en dónde se contaminaron adulteradamente con los residuos de otras religiones.

Admirables estatuas que parecen vivas, perpetúan el aspecto físico de los caudillos e instructores de razas largo tiempo olvidadas.

Allí se ven manuscritos de increíble antigüedad e inestimable valor, como por ejemplo el escrito por mano del mismo señor Buddha durante su última vida en que fué el Príncipe Siddharta, y otro escrito por el señor Cristo de Palestina. También se conserva en este museo el maravilloso original del libro Dnyam, escrito por la señora Blavatsky, como prolegómeno de la Doctrina Secreta. También hay escritos procedentes de otros mundos distintos al nuestro. Están asimismo representadas las formas animales y vegetales, muchas de las cuales conocemos en estado fósil, aunque de la mayor parte no tienen los naturalistas la menor idea.

Por último, hay para estudio de los discípulos reproducciones de populares ciudades de remotísima y olvidada antigüedad.

En el museo del Tibet encontramos modelos de todas las clases de máquinas inventadas por el hombre en el transcurso del tiempo, y notables y copiosos ejemplos de la forma de magia empleada en los diversos períodos de la historia.

Creo que mi pluma no necesita recalcar el interés que tiene la descripción ocular de Leadbeater, frente al museo del Tibet que encierra sólo una parte de aquella maravillosa doctrina que hoy hemos empezado a conocer descorriendo el velo que ocultó todo este saber para nuestras miradas huérfanas de fe, que sólo se pasearon un tiempo por esta inmensa galería sin ilusiones que se llama la vida material.

Luego nos relata como el maestro Kutumy, desdoblado al instante y volando, lo dice en los Pines Sittles, el libro: "A los Pines del Maestro",

notable obra de gran valor moral, cuya sencillez le da aún mayores méritos.

Los puntos que recién hemos señalado y los que señalaremos en próximas entregas, sin duda, una nueva luz en las informaciones de prueba, pues estos conocimientos, aunque publicados en libros que cuestan sacrificio pecuniario para el que desea adquirirlos, podrán ser obtenidos en forma más clara y comprensible por todos nuestros lectores. Inútilmente nos parece insistir que el caso del discípulo Leadbeater es uno de aquellos de mayor importancia, pues rara vez un discípulo puede presentar tal número de pruebas fidedignas que acrediten el conocimiento y relación con tales entidades.

La descripción que se hace de su casa, de los jardines que la rodean y de los terrenos que se cultivan a su alrededor, es completa y minuciosa. Los sirvientes parecen darse poca cuenta de la inmensa evolución de su

patrón. A veces, lo sorprenden sentado en meditación, inmóvil, como si estuviera tallado en piedra. Suponen que está concentrado (Samadhi, perfecta concentración de la mente) y evitan toda bulla que pueda molestarlo.

Aquí en Argentina, o en Chile, no pasaría seguramente lo mismo; si vieran meditar al patrón, le dirían o lo pensarían: "qué hacés sentado; mirá ché...5 o bien, "¿dónde, que le sgaró el sueño a mi compadre"... Pero en la India están acostumbrados a mirar a los que meditan, tienen respeto y admiración por aquellos que se dedican a estas disciplinas. Por nuestras tierras a la hora que nuestros patrones meditarán ratos largos, es muy posible que no encontrarán a sus familiares en casa, ni todas las cosas en el mismo sitio en que las dejaron...

"Kutumy cabalga en un hermoso bayo, visita a menudo otros monasterios solitarios y anda en compañía del maestro Moria, quien vive al frente y que también acostumbra a andar a caballo para cumplir sus trabajos."

En nuestro próximo artículo revelaremos algo más de cómo conoció Leadbeater a su maestro, y rastrojaremos los rincónes de la gran biblioteca donde quedan muchas cosas interesantes por contar y aprender...

LA difusión de los múltiples conocimientos que por medio de la observación se van revelando al hombre, es una de las más altas misiones que le está reservada a la prensa.

Si bien el libro, la conferencia obedecen también a esa misma finalidad, el rotativo los supera a todos, porque pone al alcance del mayor número los resultados de las investigaciones que el hombre anhela siempre conocer, porque dentro de nuestro ser palpita la fuerza del infinito que nos llama a la eterna búsqueda de saber.

IYER afirma la existencia de hombres perfectos. — El vidante Leadbeater refiere la vida del maestro Kutumy. — Su biblioteca oculta posee enormes misterios. — El libro "A los pies del maestro" lo dictó a Krishnamurti, usando sus facultades superiores. — También ayudó a modernizar Blavatsky en la redacción de la doctrina secreta.

razas superiores se halla por completo desenvuelta. Estos, aunque raros representantes de la parte altamente evolucionada de la Humanidad, "están ansiosos de ser conocidos".

"No llevan ninguna señal visible que los diferencie de sus demás hermanos. Ellos son la sal de la sociedad y están contentos de jugar su rol, silenciosamente desconocidos. En estas circunstancias, no habrá medios de conocer qué clase de cultura es aquella, que poseen estos hombres excepcionales?"

Precisamente, hemos querido copiar estas alusivas líneas de uno de los grandes yogis de la India, desencarnado hace poco, para justificar nuestras expectativas. Leadbeater, discípulo de uno de estos superhombres, llamado Kutumy, nos relata la vida, costumbres y pormenores de una pléyade de maestros que a él le ha sido posible conocer, estando en contacto directo con ellos durante varios años.

Después del Cristianismo, y últimamente con Ramakrishna, otro de los maestros que en la India moderna asombró hace pocos años con sus milagros, el mundo nunca habrá leído con mayor interés las obras emanadas de estos iniciados que nos describen sus relaciones con hombres que trascendieron el velo de la materia. Si esto fuera una simple lectura novelesca, sería poco; es más que eso, es el mayor de todos los conocimientos, porque nos allega seguridad de algo que no sabemos y cuya importancia en el rol de la vida, es, sin duda, lo mayor: saber que dentro de este cuerpo pasajero que se derrumba en las sombras de la muerte, hay algo que no muere y que tras este cortinaje espeso de la materia existen otras vibraciones, otros mundos más finos y espirituales que escapan a nuestra visión; una vez que sepamos que aquello es verdad, cesa el dolor y la vida se torna en una fuente de alegría y de esperanza. No sentimos ya las heridas de los tantos infortunios, desgracias y cruentas luchas que nos pidió el sostener la vida material, se da por bien ganado el precio doloroso y se abre a nuestra vista una realidad no soñada.

opaca que tanto dolor suele causar a los que no asomaron su vista más allá de la cortina material.

Pierre Loti, el famoso escritor de las "Desencantadas", expresa delicadamente su queja cuando veía pasar en los templos hindúes, por galerías lejanas, inaccesibles al público, las figuras de hombres superiores, iniciados en los misterios, que se escurrían a lo lejos, mostrando sus rostros dulces y serenos, mientras llevaban las flores como ofrendas para la Divinidad, para efectuar ese rito que permanece velado para la mirada de los profanos.

Felizmente, otros hombres más afortunados que Loti alcanzaron el resultado que ansiaban; así, el yogi Subharamanya Iyer, refiriéndose a estos iniciados, nos dice: "A menudo oye-se hablar de la existencia de una cultura occidental y de otra oriental. No cabe duda de que existen puntos de vista que justifican la adopción de tal diferencia. Pero no existe una cultura única que es fundamental e indistinta. Existe, seguramente, una y la hay en realidad. Y ésta es la cultura del hombre "integral", si es que podemos usar esta expresión. Sin embargo, ahora existen ciertos hombres de una evolución integral en muchas partes del mundo, aunque al presente sea escaso su número. Yo quiero significar por un hombre completamente evolucionado, a aquellos cuya naturaleza inferior ha sido debidamente subyugada y que, por lo tanto, se encuentra bajo seguro control, mientras que su natu-

De aquí la importancia que tiene la dirección de un diario y la necesidad de que su director sea un intelectual dotado de un criterio crítico que le permita apreciar desde un punto de vista a las fases diversas del progreso intelectual, filosófico, artístico y religioso, a fin de no cercar el aspecto informativo a determinadas corrientes de pensamiento que el público, en su natural curiosidad, quiere conocer.

CRITICA, uno de los más poderosos órganos de publicidad, así lo ha comprendido, abriendo sus columnas para informar al gran público donde circula, respecto al saber espiritual que los grandes maestros de la India atesoran por su retraída meditación, desde milenaria época.

De acuerdo con este criterio, comenzamos hoy una serie de publicaciones que serán, sin duda, del mayor interés para nuestros lectores, ávidos de luz, en estos momentos de honda crisis material y moral en que es necesario el evolucionamiento para avanzar la evolución hacia el aspecto moral, donde seguramente van a tener solución los intensos problemas sociales que nos conmueven y que es urgente resolver.

No siempre los investigadores que llegaron hasta las playas de la misma India para auscultar los fenómenos extraordinarios que sus hombres más preparados pueden provocar a voluntad, alcanzaron éxito. La arcilla material puesta en sus manos rinde para revelar otros aspectos más sutiles de la vida que juegan tras esta sombra



Tras esta revelación viene la luz infinita, aunque sigamos hollando la tierra morena que nos aprisiona. Basta que un rayo de esa liberación toque nuestro ser.

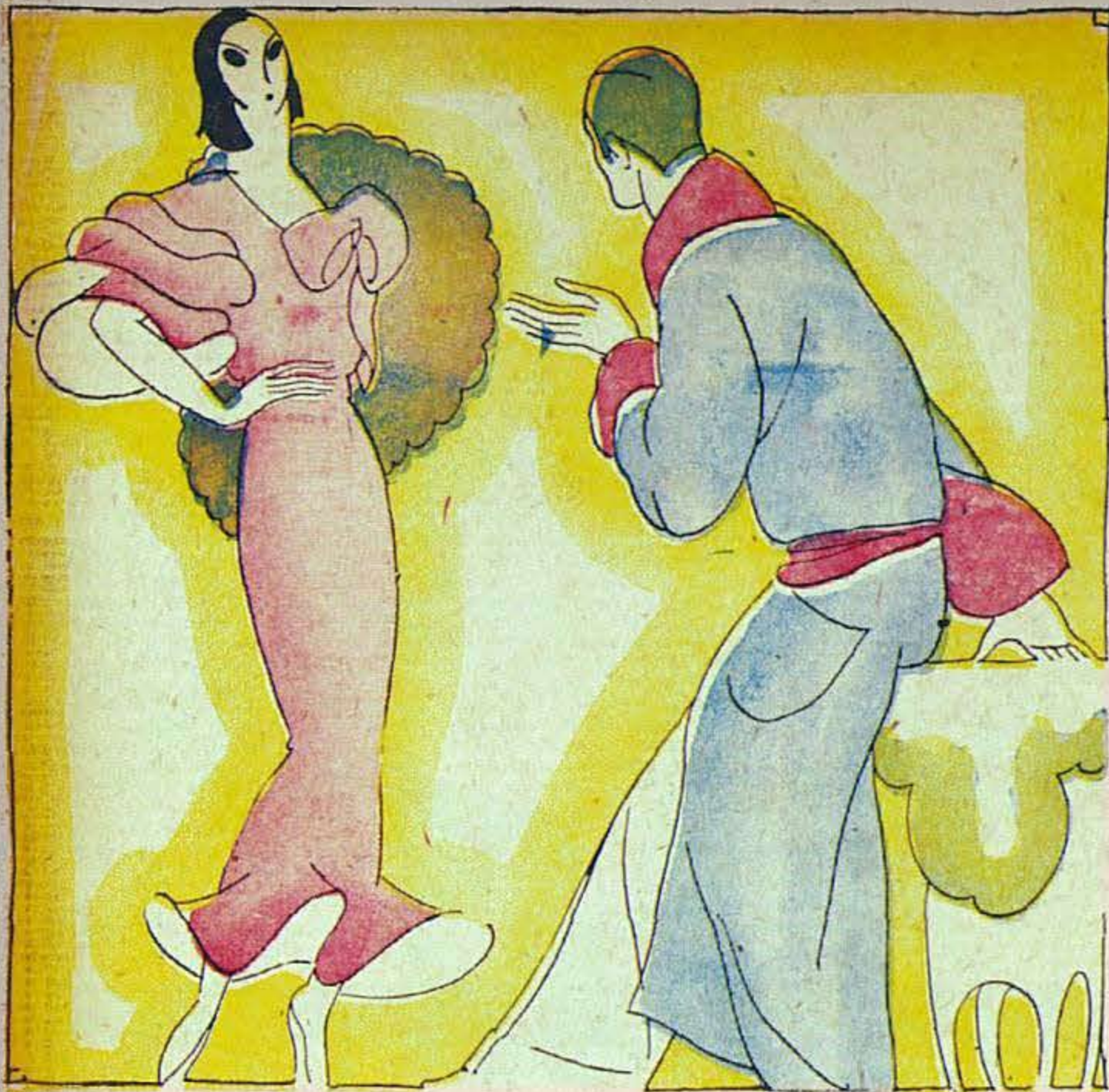
Volviendo a nuestro punto, transcribo lo que dice Leadbeater respecto de uno de estos grandes mahatmas (grandes almas).

"Describiré brevemente el valle del Tibet, donde hoy día habitan los maestros Moria y Kutumy". Luego de describir el paisaje, dice: "...y cerca del puente hay una pequeña abertura que da entrada a una serie de salas subterráneas que contienen un museo oculto, cuyo guardián es el maestro Kutumy, en nombre y representación de la Gran Fraternidad Blanca".

Veamos ahora, nosotros, lo que podrá tener mayor interés para nuestros lectores, en esas salas del misterio...

"Hay allí vívidas imágenes de cada uno de los diversos tipos de hombres que han existido en la tierra, desde el gigantesco lemur de balderas articulaciones, hasta los remanentes pigmeos de las primitivas razas humanas. Modelos en alto relieve muestran las variaciones de la superficie terrestre y su configuración anterior y posterior a los

crisis de la vida, desde el gigantesco lemur de balderas articulaciones, hasta los remanentes pigmeos de las primitivas razas humanas. Modelos en alto relieve muestran las variaciones de la superficie terrestre y su configuración anterior y posterior a los



EL DETALLE

Al abrirse el telón aparece la escena a oscuras. En seguida se oyen pasos, la puerta gira y "El" enciende la luz. Una luz opaca que diseña bordes de muebles modernos. Habitación sobria. Un living. Mesita ratona junto al diván. En una repisa, a cortos centímetros del suelo, botellas y vasos; el bar pechicísimo de pared. "El" y "Ella" penetran sin hablar. "El" está un poco nervioso, como los chiquilines con el juguete nuevo. "Ella" trae seguridad al caminar y un gesto en la comisura de los labios, que bien puede ser de desprecio o de hastío. ELLA (quitándose los guantes lo observa todo dando vuelta por la habitación). EL (la deja mirar. Pasa un segundo). ¿Curiosa? ELLA — Confieso mi desilusión, mi profunda desilusión. EL — Le advertí que esto no era un alarde de riqueza, precisamente. ELLA — No, si lo que me desilusiona no es el "estilo", me alarma mi sistema nervioso. EL — ¿Alterado? ELLA — No... de ahí viene la alarma. EL — Sigo sin comprender. ELLA (mirando en un rincón, una mesita servida). — Sirva el champagna, es un magnífico ayudante de la comprensión. EL — Preferiría entenderla sin "cuerpos extraños". ELLA — Eso es ya más difícil. EL — ¿Palabras? ELLA — Experiencia (se sienta, enciende un cigarrillo). — Así que esto es una garconier? EL (sonríe con intención). ELLA — ¿La causa gracia, verdad? — Olvídense de mi estado... Está convencido que no es la primera garconier que conozco, ¿no es eso? EL (silencio). ELLA — Pues sí, mal que me pese, es la primera. EL (exaltado se levanta y quiere tomarle las manos). — ¿Es verdad eso, María Carlota? ELLA (conteniéndolo). — ¡Calma, muchacho, que el mérito no es suyo...! ¿Bebemos? (beben) ¿Qué rico! Champagna a las doce de la noche y en casa de un hombre soltero. EL — Que anhela dejar de serlo. ELLA — ¡Oh! ¿Tiene novia? EL — Pensaba en usted. ELLA — ¿Para esposa? EL — ¿Por qué no? ELLA — Le da resultado el sistema? EL — ¿Cuál? ELLA — Este. Traer a su casa de soltero a una mujer, a las doce de la noche y ofrecerle matrimonio así, a media luz. EL — ¿Prefiere que se lo proponga bajo el sol de Palermo? ELLA — Yo no prefiero nada, no sea ingenuo. EL (tomándole la mano). — ¡María Carlota! ELLA (mirándosela). — ¿Linda, verdad? EL — ¡Divina. ELLA — ¡Hecha para la caricia? EL (deja la mano). — La noto extraña... Su voz no es la misma... Suena a hueco. ELLA — Entonces suena a "mi". EL — ¡Vamos! ¡Usted sonando a hueco... si es para morirse de risa... usted, tan caabelera... tan decidora... tan valiente... tan... ¿cómo dirá? ELLA — Tan sin prejuicios, ¿no? Tan llena de... amigos. EL — Usted se calumnia, María Carlota. ELLA — Quizá me resulta más cómodo. Ando por la vida sin destruir leyendas. EL — ¿Qué leyendas? ELLA — Las que corren, las que me hacen amantes médicos, abogados, porteros y ascensoristas... EL — ¡Qué horrible! (se levanta, desconcertado). ELLA — No, no es tan

Concepción Ríos

ILUSTRACION DE GUIDA



EL — La amo con una inconciencia de loco. ELLA — Los locos son los únicos seres concientes. EL — No haga frases. ELLA — Eso es lo que yo hago ¿vé? ¡Frases! Frases que despararran por ahí las malas lenguas. Frases que a veces no tienen significado y que trascienden cambiadas, dadas vuelta. Frases que llegan a oídos de hombres como usted y que dejan un deseo prendido, una curiosidad. EL — ¡Oh, cómo quisiera que usted se explicara, María Carlota! ¡Cómo no la reconozco en la voz, en la actitud, en lo que dice! ELLA — Para eso vine, para explicarme, precisamente. Entre todos los que me hacen la corte, hay uno, solo uno distinto. EL (exaltado). — Soy yo. ELLA — Si, usted, usted que está luchando desesperado con su amor. En nuestras tertulias familiares, en el teatro, en el cine, en las confiterías, sus ojos nos buscan, me controlan, me espían. Se prenden con odio a la ropa de mi marido. EL — Odio todo lo que la rodea y a su marido... su marido. ELLA (colocándole la mano en el cabello). — ¡Chiquilín!... He querido venir para esto, para descargarlo del peso de su amor, para tener el primer acto de humildad y justificarme ante usted. EL — Pronto, que esta tortura de oír a medias, de querer adivinar, me está matando. ELLA — Quise decirle, así, solos los dos; no se exalte con su propio deseo, no magnifique esta curiosidad... Curiosidad de lo que no es suyo, de lo que está inalcanzable y se sospecha que otros han tenido. EL — Se calumnia sin piedad, María Carlota. ELLA — Así como el pensamiento colectivo. Son las consecuencias de saber andar por la vida con equilibrio moral y no fijarse en las apariencias. A mi alrededor se arrastra la calumnia, la veo en el piropeo de los hombres y en la prevención del placer morboso de que me arañe la carne. Solo a usted, a sus veintitres años afebrados quiero darle esta explicación. EL — Me mata con ella. ELLA — Alívio: ahora soy inalcanzable por mí misma, pero usted sabe que los demás tampoco llegaron a mí. EL — Habla como si quisiera reconfortar mi amor propio. ELLA — ¿Dónde termina el amor, dónde empieza el amor propio? (le acaricia los cabellos) ¡Chiquilín! EL (siente la ternura y casi desfallece). — ¡María Carlota! ELLA (reaccionando sirve champagna). ¡Arriba el ánimo. Brindo por sus veintitres años, por la vida que corre por sus venas, por nuestra amistad futura! EL (casi murmurando). — ¡Por nuestra amistad! (Ella lo mira suavemente. El le toma la mano y la lleva con respeto a sus labios. Ella le suelta, se coloca el tapado y se apresta a salir. El busca su sombrero para acompañarla. (Apaga una luz). ELLA (volviendo la cabeza, ya en la puerta). — En esta vida mía hay un detalle, un solo detalle que nadie se preocupa de averiguar. EL (la mira en moda interrogación). ELLA (suspirando). — Si, criatura, un detalle insignificante; estoy locamente enamorada... EL (violento). — ¡María Carlota!... Usted no tiene derecho... es una crueldad. ELLA — No me interrumpa, chiquilín: estoy locamente enamorada de mi marido (hace el mutis lentamente. El la mira un instante, desconcertado. Apaga la otra luz y la sigue a pocos pasos).

Comic strip panels with dialogue bubbles and illustrations of cavemen and dinosaurs.